



El Midi en invierno. Foto G. Ariz.

presionante. ¿Es este el último rincón del mundo? No hay vestigios humanos por las paredes ni por las cumbres. Las montañas están desiertas. Es bello encontrarse en esta situación, entregados a una labor que nos satisface, desde su más pura esencia. Aquí si que realmente se realiza la persona sin las necesidades que la vida clasificada nos obliga. Siento que es una postura un tanto egoísta, pero, ¿porqué desperdiciar el momento si el corazón ansía gustar también de estos privilegios? Además somos humanos y por cierto los únicos que están en estas verticales paredes en estos momentos. Somos dueños por unas horas de estas rocas que superamos lentamente, como las choas son dueñas de aire que cortan con sus alas en su pirueteado camino.

La amistad del compañero que recupera lentamente la cuerda que nos une, no necesita palabras que malgastar. Solamente la alegría de su cara y el gesto precavido de su atención son suficientes. Luego un intercambio de mosquetones y pitones que han sido extraídos con paciencia artesana, hacen variar las posturas del que llega y del otro que tiene que partir

para hacer el siguiente largo. Sólo algunas veces una recomendación; pon algún clavo más, que hay mucho agujero. ¡Va! no te preocupes, no ves que hay nieblas abajo. Si te caes aterrizas en ese algodón y no te haces nada.

A medida que subimos el tiempo se va poniendo de mala cara pero parece que por el momento no es causa de grandes preocupaciones. Yo estoy empeñado, como casi siempre, de obtener un buen reportaje fotográfico y estoy absorto con mi trabajo. Cuando las nieblas de abajo han subido hasta nuestra altura y nos envuelven, estamos demasiado alto como para dar media vuelta. ¡Deberíamos ir más deprisa! comento. Pero son los largos más difíciles y el tiempo se va solo. José Ignacio ha resuelto muy bien el paso más difícil y ahora tenemos que pasar los otros dos con mochilas mayores un tanto penosamente. Más arriba hay que continuar en artificial por una zona desplomada. Cada vez vamos más despacio y el día va a terminar con su ciclo de luz.

La salida está muy fea. Hay gran cantidad de nieve inestable sobre plataformas inclinadas. Tomo la cabeza de cordada y asciendo muy rá-

pidamente sin poner la más mínima precaución en hacer los largos con seguridad devorando metros. Tengo miedo que nos quedemos bloqueados en este lugar inestable, a oscuras y subo desesperadamente hacia la cumbre. Un tiempo más tarde recordaré este acto como uno de los momentos en que más he arriesgado inútilmente mi existencia. Y lo mejor es confesarlo porque puede contribuir a una mejor comprensión de los problemas.

Lo cierto es que la noche invade todo cuando nos encontramos tres monigotes humanos en la cumbre del Midí, oliendo la gran tormenta que se avecina en pleno invierno. Ahora sí que hay que obrar con la cabeza. El instinto de supervivencia funciona mejor cuando los tres estamos juntos y cuando lo que tenemos encima es irremediable. Es envidiable el comportamiento de ñaki que hasta en este crítico momento no deja de decir su ¡Aúpa Peru! Una de dos: o no quiere concentrarse con el problema o realmente tiene una moral a prueba de todo. Más bien creo que es lo segundo.

Yo conozco un lugar cercano de la cumbre relativamente llano y un poco resguardado para preparar nuestro forzoso vivac y nos dirigimos allí con muchas precauciones. Después nos tomamos un buen trabajo para hacer una zanja larga en la que quepamos los tres tumbados al resguardo del aire que ya se mueve a gran velocidad. Afortunadamente hemos subido los piolets y trabajamos bien al tiempo que sacamos el frío. La discutida tela de tienda de campaña

significa ahora nuestra salvación. Comemos las pocas provisiones que tenemos y nos abrigamos con todas las ropas disponibles. Las mochilas para los pies y las cuerdas para los riñones. Envueltos con la tela de la tienda y metidos en nuestra fosa nos apretujamos el uno al otro buscando la comunicación del calor animal. Cada cierto rato hacemos una lucha comunitaria y nos friccionamos los pies. Fuera el tiempo ruge con violencia y nieva sin parar con grandes remolinos. Sólo es cuestión de tener paciencia.

Y como todo pasa, el día llega nuevamente. Queda el descenso por hacer, bastante complicado hasta llegar al refugio para saborear a punto un buen tazón de caldo que nos preparan gentilmente nuestros amigos y asustados franceses que al darse cuenta de nuestro retraso nos aguardan ansiosos deseando que todo termine bien. Pero esos aunque son detalles con gran humanidad, yo prefiero quedarme con el pensamiento de la cima y de la tormenta en donde se tiene que valorar a la persona que realmente vive una situación extrema; en donde el hombre desposeído de ese caparazón que normalmente le rodea, tiene que valerse por sí mismo para resolver su situación sin otras ayudas que su ingenio. Todas las vivencias valen, pero quizás las que más grabadas quedan en el interior son las más duras. Y es hermoso vivir en esta cima llena de nieve, rodeado de buenos amigos.

Gregorio ARIZ

## TRAVESIA

# OTZAUURTE-ESCORIAZA

Levantarse de la cama para tomar el tren de las seis de la mañana ha sido siempre para mí una experiencia que ha puesto en la piqueta una y otra vez mi grado de afición por la montaña. Y eso que ya pasaron aquellos tiempos gloriosos de la misa a las cuatro y media en la estación, de cuyo transcurso sólo me enteraba cuando la llegada de algún tren me arrancaba bruscamente del sopor en que, sin poder evitarlo, caía una y otra vez.

Las cosas están evolucionando mucho desde entonces, pero mi pereza a estas horas parece permanecer inmutable. Con las botas a medio atar y con la mochila golpeándome en la espalda, llevo corriendo a la estación, justo en el último instante, dándole a mi entrada la habitual ración de suspense a la que mi amigo Juan Miguel no termina de acostumbrarse.

Entre cabezadas y bostezos, me encierro en mí mismo e intento pasar el rato contando los túneles que vamos pasando antes de llegar a Otzaurte: Treinta, nada menos que treinta. Hay que reconocer que la introducción del ferrocarril en Guipúzcoa, que se inauguró en 1864, tuvo que ofrecer serios inconvenientes a la

tecnología de aquellos años. A pesar de ello, solamente ocho años tardó en concluirse la obra desde el mismo momento en que se decidió su realización. ¡Afortunados ellos que todavía no habían inventado la burocracia!

Hemos llegado. Se abren las puertas del tren y una bofetada de aire frío corta de raíz mis elucubraciones. Con las primeras luces del día apuntando por el horizonte, bajamos del tren y sin mediar palabra comenzamos nuestra andadura hacia el alto de Otzaurte. Son esos momentos difíciles en los que intentamos poner nuestros músculos en funcionamiento, mientras nos llamamos estúpidos por haber dejado el cálido abrigo de las sábanas.

Ya un poco más entonados llegamos hasta la nueva ermita, donde se guarda actualmente la imagen de Andra Mari de San Adrián, que se encontraba en la ermita del túnel que le dio nombre, para tomar la pista que sigue el curso de las aguas del río Añarri y acaba de momento —esperemos que para siempre— en las cercanías del refugio de San Adrián.

Un tanto aburridos de la monotonía de la pista, llegamos hasta los refugios de Beunda